

La Cofradía: anatomía de la machósfera chilena

Por Javier Osorio – Psicólogo de la Universidad Católica de Valparaíso, Chile.

En el universo online sentirse, pensarse y narrarse varón es una realidad tan palpitante como polarizada. Por un lado, están quienes imaginan formas de ser menos violentas y rígidas; por otro, quienes se han replegado en la machósfera, recurriendo a la violencia misógina para perpetuar la dominación. La machósfera es el conjunto de ideas, discursos y prácticas difundidas en plataformas online –blogs, foros, YouTube, Instagram, TikTok y chats– que co-crean un ecosistema virtual que aloja movimientos masculinistas articulados en torno a la misoginia y el antifeminismo.

Este fenómeno transnacional ha proliferado bajo la cuarta ola feminista, que instaló una interpelación inédita hacia las masculinidades, en lo que el Instituto de Masculinidades y Cambio Social llamó “la fractura del bloque hegemónico”, abriendo un escenario de disputa por cómo se debe ser hombre hoy. Ahí, estas subculturas digitales son parte de la reacción antifeminista que busca librar “la batalla cultural contra la ideología de género”.

De esta manera, abierta la supuesta “crisis de la masculinidad”, la socióloga española Beatriz Ranea (2021) plantea que la masculinidad hegemónica se ha ido *resquebrajando*. Y si bien por esas grietas puede entrar la luz, también puede hacerlo la sombra: primero voces sueltas –Lucas Crespo u Hombre 10– que monetizaron el malestar masculino; después, un programa vía YouTube: “La Cofradía”, que le dio casa y bandera a esa reacción, a nivel macro, alineado con la ultraderecha chilena.

La Cofradía, panel de streaming vinculado al Partido Nacional Libertario, entró en la palestra recientemente por los comentarios de Ítalo Omega –de “humor negro”, según él– sobre abuso sexual infantil contra infancias autistas. Este espacio es vitrina de los mandatos más rígidos de la masculinidad: la burla a la otredad, la invulnerabilidad y la humillación como muestra de virilidad. Para muestra, cuando el sociólogo Andrés Kogan, recientemente, escudriñó a La Cofradía en *Le Monde Diplomatique*, la respuesta fue denostarlo: “maricón”, “maraco”, “fleto”, “no ponerla nunca”, de manual.

A todas luces, estamos ante un *germen machosférico chilensis*, analizable bajo el constructo de *homosocialidad masculina*, acuñado por Eve Sedgwick (1985) que ahonda sobre los profundos lazos de camaradería entre varones, blindados por una negación hiperbólica de la homosexualidad, donde el distanciamiento homofóbico opera como mecanismo regulador. Reírse no es un gesto espontáneo sino un código –reír te hace pertenecer, dudar te vuelve un posible blanco–. Por eso la burla escala, porque en la Cofradía y preocupantemente en muchos espacios masculinizados, la crueldad es la moneda con que se paga la pertenencia.

Así, Omega es apenas un nombre, lo relevante es la estructura que lo produce y reproduce. Rita Segato (2003) la llama “*fratría*”: una hermandad masculina cuyo valor supremo no es la vida, sino la lealtad. “Si esta no se obedece, se es expulsado”, explicó en una entrevista de 2025. No es casualidad que la autora la defina, textualmente, como “una hermandad, cofradía o corporación masculina”. Ni la familia escapa a la burla, el líder del grupo, Emiliano Fernández, preguntó si María Gracia Omega –hermana de Ítalo y reconocida actriz– estaba casada, y ante la negativa lanzó una broma sexual, Ítalo no lo frenó, incluso insinuó la posibilidad de “negociarla”, riendo junto al resto. Cambiar de protagonista no cambiaría el libreto. Días después, Fernández declaró que el femicidio no existe, pese a los 50 casos que la Red Chilena

contra la Violencia hacia las Mujeres registró solo en 2024.

La fisura de la masculinidad está abierta, instrumentalizada por la arquitectura algorítmica, específicamente por el sitio que otorga a los contenidos extremistas, propiciando que proliferen este tipo de ideas. Disputarla no depende solo de interpelar al próximo Omegna, sino de ocupar ese territorio, digital y cotidiano, con más brío que el odio, buscando desenmarañar la telaraña digital de la masculinidad, con miras a tejer otras posibles.